

complacido en la separación de Ocampo, placeres no dignos de almas nobles, cuando ellos son en perjuicio de la sociedad.

El Mariscal Nieto, Presidente de la Plata, aprovechó el tiempo que nosotros desperdiciábamos para organizar un pequeño ejército que situó en Santiago de Cotagaita, para oponerse a los progresos que con rapidez se hacían sentir por las tropas libertadoras, las cuales llenas de entusiasmo y valor no reparan en los atrincheramientos que los enemigos habían formado para escudarse, los cuales atacados por nuestros bravos fueron rechazados, cantando los enemigos una victoria que los envaneció e hizo salir de sus atrincheramientos para perseguir al comandante general Balcarce, el cual encontrando nuevos auxilios en Suipacha, de tropa, artillería y municiones de que estaba escaso, no trepidó en hacer alto y esperar a los enemigos; el coraje se veía en el semblante de nuestros soldados que, presagiaban una próxima victoria que iba por entonces a decidir la campaña del año 10, primero de la Independencia Americana. El ejército español se presentó bajo una línea paralela que marchaba en dirección de nuestros bravos, y apenas rompieron su fuego cuando fueron cargados a la bayoneta y disueltos, entregándose a una fuga cobarde en todas direcciones, que fue perseguida por todo ese día. Los pueblos testigos de su derrota los perseguían y capturaban presentando en tiempo a nuestro General, al Mariscal Nieto, el Capitán de Navío Córdoba y el Intendente de Potosí Sanz, que continuaron presos a la villa imperial de Potosí, que ocupó el ejército a los pocos días y en la cual descansó, recibiendo nuevas fuerzas que los pueblos suministraban, con lo que se cerró la campaña del año de 1810.

## *CAPITULO II*

Con el suceso de Suipacha y ocupada la villa de Potosí, Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y Santa Cruz de la Sierra, mandaron al representante Castelli sus diputados sometiendo a sus órdenes no sólo estas ciudades sino también sus comarcas, con lo cual el ejército tomaba nuevo incremento con los rápidos recursos que recibía y los que dieron mérito a que el ejército recibiera una nueva organización creándose los regimientos No. 6, a que se me destinó en mi grado de teniente, y Dragones, al paso que en lo político se creaban las autoridades que debían reemplazar a las depuestas, intertanto los mandatarios españoles mariscal de campo Nieto, gobernador intendente de Potosí, Sanz, y capitán de Navío Córdoba, continua-

ban presos sin que nada se dijese cuál sería la dirección que tomarían, pero en lo general se presagiaba de ellos, les cabría la suerte con que les habían antecedido Liniers, Moreno, Concha, Allende y Rodríguez, que al fin observé realizada por un golpe de autoridad dado por el representante Castelli, con el cual unos se arredraron y otros quedaron en silencio sorprendente, de que participó aun el ejército por contemplar eran necesarios unos espectáculos que al paso que aterraban, huían los prosélitos que la opinión debía ganar, en que principalmente se hallaba apoyado el ejército, padeciendo naturalmente la moral de él y dando lugar para que en lo sucesivo la guerra tomase un carácter sanguinario, que debía evitarse en un país de poca población y nada acostumbrado a ver esta horrorosa clase de espectáculos.

Verificada la ejecución de Nieto, Sanz y Córdoba, se dieron las órdenes para que el ejército emprendiese su marcha a situarse en la villa de Oruro, al paso que cuatro compañías del regimiento No. 6 fueron nombradas para marchar a Chuquisaca a las órdenes del sargento mayor del mismo regimiento, Dn. Matías Balbastro, con el objeto de que sirviesen de séquito a la triunfante entrada que hizo Dn. Juan José Castelli en esta ciudad, como la autoridad superior que representaba la Junta Gubernativa de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuyo prestigio dio mérito para que el recibimiento hubiese sido verificado con todas las solemnidades que en tales casos tenían de práctica todas las corporaciones de aquella ciudad, que con el mayor júbilo se presentaron, a excepción de la Audiencia que no dejó de hacer conocer que se presentaba en razón de circunstancias, y no con la buena fe que demandaba el acto, mas su tibieza se atribuyó a varias causas, y la principal a que siendo los ministros de justicia que la componían nombrados por el gabinete de Madrid, no podían conformarse con el nuevo sistema que observaban rápidamente plantear, como más abiertamente lo manifestaron en la primera reunión que hubo, negándose a dejarse presidir su Regente, el conde de San Javier, por el general en jefe que lo era el general de brigada Dn. Antonio González Balcarce, lo que dio mérito para que fuese nombrado provisionalmente Presidente de la Audiencia; este paso que pareció satisfacía el desaire del general en jefe, irritó más y más los ánimos de los oidores, que ya en privado, ya en público empezaron a desacreditar el ejército tomando por base la religión, en un país en que conocían que sólo ella podía contribuir a disminuir la opinión y a darle enemigos que ya

empezaron a aparecer y que se fueron aumentando en razón de la misma conducta pública que no tenía rubor el representante Castelli para manifestar, y la que dio mérito para que algunos patriotas le fijasen un pasquín en la puerta de su mismo despacho, por cuyo contenido se verá cuanto se le quiso decir:

Cuando la patria exige  
Trabajar y no bailar  
No es hacer lo que ella dice  
Bailar y no trabajar.

Leído por el mismo Castelli, procuró indagar su autor pero fue vana toda diligencia en descubrirlo, y el patriotismo observó que algún efecto había causado en su ánimo, cuando ya se tiraron las órdenes preparatorias para la marcha a Oruro, a donde se hallaba el coronel Dn. Juan José Viamont, nombrado por la Junta Gubernativa segundo jefe del ejército, a quien saludé antes que ningún otro por haber sido de los primeros que llegó a aquélla, procedente de la ciudad de Chuquisaca. Inter estas ocurrencias, el Virrey de Lima, Abascal, reunía sobre el Desaguadero (término de la jurisdicción de su Virreinato) fuerzas de toda clase a las órdenes del brigadier Dn. Juan Manuel Goyeneche, quien más por sus modales servía de arma a este cuerpo del ejército, que por sus conocimientos militares y estratégicos, que a haberlos tenido hubiera aprovechado del estado de nuestra inercia, con los cuerpos que tenía arreglados y fueron la base de su ejército; bien sea lo que llevo indicado o que no tuviese órdenes para pasar la línea del Virreinato, el resultado fue que dejó sacrificar al coronel Piérola con el cuerpo de su mando en los campos de Aroma, batido por el entusiasmo de los patriotas que se reunieron en Cochabamba, bajo las órdenes del teniente coronel Rivero, marchando sobre el cuerpo indicado, lo que valió gran prestigio a este jefe, y el nombramiento de coronel del regimiento No.... con que fue aumentado el ejército sucesivamente.

Reunido el ejército en Oruro, se recibían diariamente invitaciones de la ciudad de La Paz, a consecuencia de haberse pronunciado por la Independencia para que el ejército apoyase su pronunciamiento, lo que llegó a verificarse situándose en el pueblo de Laja, distante de esta ciudad siete leguas, en cuyo punto recibía nuevos recursos de que abunda este Departamento y el refuerzo del regimiento No. 8 creado en esta ciudad, cuya organización no llegó a su perfección.

El general Goyeneche observando nuestra aproximación por una parte, por la otra el deterioro de sus recursos y una opinión pronunciada, procuró los medios de distraernos, mientras él consagrado a la completa organización de su ejército, maquina el medio de paralizarnos, al efecto entabló con el representante Castelli comunicaciones de la más lisonjera esperanza a los independientes y las cuales tuvieron por objeto un armisticio de cuarenta días que se firmó y ratificó por ambas partes, de que fueron encargados de negociarlo los tenientes coroneles Dn. Mariano Campero y Dn. J. Vidal, por parte del ejército español, y los cuales se hallaron en Laja para convenirlo, presenciando nuestra actitud que lisonjeaba, a que el antiguo Virreinato de Lima seguiría espontáneamente el ejemplo de Buenos Aires, pero desgraciadamente se equivocaron los jefes del ejército, porque el Virrey Abascal desaprobó tal convenio, y con él se dio la señal de alarma antes del fenecimiento del plazo estipulado.

Nuestro ejército que se había situado entre Yuraicoragua y el pueblo de Guaqui, se halló sorprendido el 20 de junio de 1811 a las 5 1/2 de la mañana; el ataque empezó por nuestra derecha, que por entonces era la parte más débil del ejército, y continuó sobre nuestro centro e izquierda, haciendo brillantes esfuerzos el coronel Dn. Eustaquio Díaz Vélez, para resistir el ataque con la división de su mando, pero todos fueron vanos en razón de que un atolondramiento ocupaba la imaginación de soldados bisoños, que los más veteranos no podían contener, manifestándose una derrota pasiva que dio mérito a replegarnos muy cerca de una legua a nuestra retaguardia con el objeto de ganar tiempo para esperar el grueso de nuestra caballería, situada en el pueblo de Machaca, a la izquierda de nuestra línea; ésta se presentó al ponerse el sol y nada se aventajó con su reunión que sólo sirvió para presenciar nuestra retirada, que en el mayor desorden llegó a verificarse, sin que el soldado encontrase en ella los recursos que debían estar preparados para una resistencia, desbandándose en distintas direcciones sin que hubiese un jefe que pudiese contenerla hasta que en Viacha el coronel Viamont pudo en algún tanto contenerla con aquellos oficiales que sabían despreciar el peligro y los que habían procurado conservar los que estaban a sus inmediatas órdenes.

Al día siguiente se dio la orden para marchar al pueblo de Calamarca, donde se hizo alto y donde se supo que el enemigo no había perseguido nuestra retirada y sí que se habían replegado a su

línea del Desaguadero, lo que estimuló al coronel Viamont a dar el orden de contramarcha y ocupar la ciudad de La Paz, que se verificó sin haberse conseguido la menor ventaja y sí el que esta población presenciase nuestra moral abatida, que llegó al conocimiento de los jefes del ejército español para ser estimulados a ocupar este departamento como lo verificaron, replegándose el ejército independiente sobre la villa de Oruro, cuya población se había sublevado y negado la obediencia, que la fuerza les hizo volver a ella momentáneamente para presenciar que éramos incapaces, por entonces, de resistir a los medios que estaban poniendo en ejercicio para debilitarnos en lo moral y físico, y llamando al ejército español como medio de vindicarse de su antelada conducta; al fin fue preciso ceder al torrente de circunstancias, y los restos del ejército tuvieron que continuar su retirada sobre la villa de Potosí, tomando cuarteles en ella el 4 de agosto. Las autoridades de esta vasta población no dejaron de manifestar públicamente la displicencia con que recibían el ejército y aun el presidente de la junta provincial que estaba establecida en esta villa, al felicitar al segundo jefe del ejército, lo manifestó en razón directa de la poca subordinación que se observaba, lo que daba lugar a la impunidad de los frecuentes delitos que el soldado cometía, principio seguro para que el vecindario de esta población se sublevase en masa el 5 de agosto a las dos de la tarde contra el ejército, el que en razón de la hora se hallaba diseminado por todas sus calles, que no dejó de reunirse alguna parte a sus cuarteles, que defendieron con una bravura admirable, al paso que más desgraciados los que no pudieron tomarlos, fueron víctimas del furor popular, que en ningún sentido pudo contener el presidente de Charcas, Dn. Juan Martín de Pueyrredón, y demás autoridades en aquellos momentos, y sólo los actos religiosos hicieron en algún modo ceder a un populacho desenfrenado que no conocía límites en su venganza, con la vergonzosa protesta de abandonar los restos del ejército esta población, verificándolo en la madrugada del 6 subsecuente; este triunfo popular hizo desmayar el patriotismo más exaltado, y sólo se observaba ceder terreno al vencedor, poblaciones y recursos que desaparecieron a los independientes, por cuyo medio el desorden iba en aumento, al que se siguió un terror pánico que se apoderó aun de nuestros más valientes guerreros; al fin se hizo alto en Tupiza, tanto por dar descanso, cuanto por reorganizar y esperar noticias del ejército español; las primeras que se recibieron fueron forjadas y abultadas por los mismos paisanos del país

que aspiraban a deshacerse de la ocupación que hacíamos de su territorio y así no trepidaron en suponer y propagar que una división del ejército español se hallaba próxima a cortar la continuación de nuestra retirada y lo que aumentaban indicando una segunda sublevación como la de Potosí, que no dejó de causar los efectos que se prometían los mal contentos, viendo que se pusieron en marcha los restos de este ejército que sin alma era un cuerpo incapaz de dirección y del que tuve que separarme por la casualidad de haber sido herido en el centro del oído izquierdo, que me imposibilitó para continuar la marcha, viéndome abandonado a la discreción de lo que quisiesen hacer conmigo; empero, el subdelegado de este partido que lo era el Sr. Hevia, se condolió de mi situación, me llevó a su casa y me hizo atender por su buena familia, cuya gratitud les tributaré eternamente; tanto por su asistencia en aquellos momentos, cuanto por su generoso proceder por su demasiado afecto al ejército español de quien se consideraba depender y que pudo haberme capturado, cuyo temor me hizo despedirme de él y su familia, antes de empezar a cicatrizar mi herida que más adelante podía reparar, respecto que no me embarazaba montar a caballo para dar alcance al cuerpo de que dependía, y el cual encontré en el pueblo de Mojo, disponiéndose para continuar su retirada, que verificó a marchas demasiado seguidas, haciendo alto al fin en la pequeña ciudad de Jujuy, donde tomó cuarteles.

El Gobierno de Buenos Aires intertanto instruido de la pérdida del ejército, ordenó inmediatamente se presentase en la capital su representante Castelli, como igualmente el general en jefe Balcarce, a dar cuenta, tomando el mando del ejército el coronel Dn. Juan Martín de Pueyrredón, que se hallaba desempeñando la presidencia de Charcas que tuvo que dejar al ejército español, poniéndose a la cabeza del resto de un ejército, cuyos cuadros se hallaban exhaustos de recursos para su subsistencia y entretenimiento; que era necesario tomar del terreno que se ocupaba, el cual poco dispuesto a prestarlos se padecían privaciones que minaban la poca moral que existía a pesar del restablecimiento que de ella se quería hacer dando una nueva organización al ejército, que ya sólo se hizo consistir en el regimiento No. 6, un escuadrón de Húsares, otro de Dragones, y una débil compañía de artillería que iban progresivamente aumentándose con los reclutas que muy paulatinamente mandaban las provincias.

En este estado el comandante general era necesario se ocupase

en poner un pequeño cuerpo de vanguardia que observase los movimientos del enemigo y sirviese de barrera a la tranquilidad del que se disciplinaba en el cuartel de Jujuy; al efecto fue nombrado el coronel Dn. Eustaquio Díaz Vélez 3er. jefe del ejército, para mandar la vanguardia, que se compuso de quinientos infantes y doscientos caballos que pudieron ser habilitados de lo muy preciso e indispensable, haciéndolos poner en marcha sobre Humahuaca; apenas este pequeño cuerpo había salido de la ciudad en un pequeño descanso que hizo, aparece un motín capitaneado por el granadero Bonifacio Muro, el cual fue contenido por el arrojado del sargento mayor del regimiento 6, Dn. José León Domínguez, que con sable en mano se echó sobre la compañía de granaderos por donde daba principio, separando aquellos granaderos que tuvieron más audacia para echarse el fusil a la cara contra sus jefes, de los que fueron ejecutados cinco, por cuyo medio quedó contenido el motín, y la vanguardia continuó su marcha en el mejor orden ganando cada día más en su moral y disciplina, de que participó el todo.

El ejército español había ocupado la provincia de Cochabamba disolviendo un cuerpo de ejército irregular, que había formado el entusiasmo de esta provincia, y el cual sin la organización y conocimientos que demandaban las diferentes armas de que se componía, tuvieron muy a pesar suyo, que ser testigos de que el entusiasmo no es únicamente quien repele la fuerza, y así no les quedó más recurso que ocurrir a la fuga, abandonando sus hogares aquellos ciudadanos que por su fortuna y compromisos, era muy natural que estrechase con ellos el jefe de los españoles.

Ocupada la provincia de Cochabamba, fue subsiguiente la ocupación de la villa de Oruro, Santa Cruz de la Sierra, Potosí y Chuquisaca, que nadie defendió, emigrando de ellas todos aquellos que habían tomado parte directamente en el progreso de la opinión, y que habían prestado recursos al ejército, buscando un asilo en éste, cuya emigración se mantuvo entre las ciudades de Jujuy y Salta, esperanzados en que el Gobierno de Buenos Aires reforzase el ejército con alguno de los batallones que hacían la guarnición de aquella capital, por cuyo medio el ejército se pondría en actitud de abrir nueva campaña evitando el progreso que probablemente tomarían las armas españolas.

El comandante General Dn. Juan Martín de Pueyrredón, no

cesaba de invitar al Gobierno por los socorros que le eran indispensables, no sólo para entretener el ejército sino también aumentarlo; pero desgraciadamente en esta época había sucedido la sublevación de los batallones No. 1 y 2 que hacían la guarnición de la capital, y ya fuese por este incidente o por el de tener al sitio de la plaza de Montevideo que se mantenía en poder de los españoles, el resultado era que el ejército no recibía socorros, sino de una u otra pequeña partida de reclutas que no bastaba a reemplazar las bajas naturales que el ejército sufría, de que tocaba también nuestra vanguardia, que habiéndose adelantado hasta situarse en el punto de Nazareno, tuvo que permanecer en él, al raso porque la estación lluviosa le prohibía pasar el caudaloso río de Suipacha, que ocupaba la vanguardia del ejército español, que defendía la otra orilla, al abrigo del pueblo de que toma nombre el río, contentándose por entonces ambos cuerpos en engañarse mutuamente, siendo el nuestro el que sufría más directamente y de cuya parte estaba la desventaja que continuamente hacía presente su jefe mucho más cuando observando al soldado abrumado de fatiga, desnudez y hambre, sufría con una resignación digna del más alto elogio, y la cual impelía al soldado a mirar con indiferencia su misma existencia para no dejar de llegar a las manos con los que todos los días insultaban su miseria y posición, que de continuo era provocada; al fin la vanguardia española que confiada en la barrera del río que tenía a su frente, se hallaba un poco descuidada, incitó a nuestro jefe el deseo de atacarla y sorprenderla; vadeó el río cuyas aguas habían descendido un poco, pero en vano, nuestros soldados se arrojaban con intrepidez, pero el elemento era su mayor enemigo, el que acompañado de los puestos que únicamente conservaba el enemigo, le fue muy suficiente para defender la orilla, mientras pudieron reunirse los que componían el todo, haciendo un fuego ya inútil porque tocado el desengaño y la bravura, nuestra vanguardia tuvo por entonces que conformarse con su antigua posición, ocupándola con la sensible pérdida de unos pocos compañeros que las aguas llevaron en su corriente, y algunos heridos entre los cuales se contaba el valiente teniente coronel Dn. Manuel Dorrego, atravesada su garganta por una bala de fusil único fruto de esta tentativa, con que fue preciso agravar al soldado en su estado de miseria.

Instruido el comandante general por los partes que se le remitieron de los vanos esfuerzos de nuestra vanguardia, de la impotencia en que se hallaba de auxiliarla, exigió al Gobierno auxilios que

se le ofrecían, y al fin tuvo que ordenar se replegase sobre Humahuaca, pueblo que a lo menos proporcionaba a la tropa, techo en qué acogerse de la continua lluvia.

El general español, instruido por su coronel Francisco Picoaga, que mandaba la vanguardia del suceso parcial, ventajoso, que había obtenido, lo reforzó y esto dio mérito para que el todo de nuestro ejército se retirase sobre la hacienda de Yatasto a donde esperó el comandante general su relevo, que había pedido por incapacitarle sus enfermedades, la continuación del mando, y mientras el soldado sufría en un bosque toda clase de privaciones e intemperies, contentándose con un pedazo de carne de vaca, que era todo y su único alimento, hasta que con la llegada del Sr. coronel Dn. Manuel Belgrano, nombrado para hacerse cargo del ejército, relevó al de igual clase don Juan Martín de Pueyrredón (que se retiró a Buenos Aires), cesaron en algún tanto sus privaciones que procuró este nuevo jefe remediar aunque no en el todo.

El ejército que por la primera vez saludaba a este jefe, fue hablado por él con una precisión que le inspiraba la mejor confianza a todos los jefes y oficiales subalternos que parecían ver en él, el alma del ejército para darle nuevo vigor y fuerza haciéndolo poner en marcha al curatito de Campo Santo, situado intermedio entre las ciudades de Salta y Jujuy, donde instruido que el enemigo, no habiendo abandonado su posición de Suipacha, ordenó se continuase la marcha a ocupar nuestros antiguos cuarteles de Jujuy, donde ya situado el ejército que apenas constaba de unos 900 hombres de todas armas, empezó a ser respetado de enemigos y amigos, por la firmeza de carácter que desplegó su jefe, restableciéndose en todo sentido su moral y economía interior.

El ejército se aumentaba diariamente por las levas que se hicieron, y se organizó el batallón de Cazadores del que tomó el mando el sargento mayor Dn. Carlos Forest, el batallón No. 7 se restableció, el comandante Superí se encargó de su organización, y el barón Olemberg, de la artillería, por cuyo medio ya se despreciaba al enemigo y las esperanzas renacieron aunque en los más débiles emigrados, que ya creían no volver a sus hogares, de lo que instruido el general Belgrano, les reunió, les peroró, y formó de ellos una brillante compañía, a quien puso por nombre Decididos, titulándose él mismo capitán de ellos; entretanto nuestra vanguardia volvió a ocupar el pueblo de Humahuaca, haciendo sus partidas de escaramuzadores sus correrías hasta Nazareno, y demás campos de sus flancos,

que obligaron al general Goyeneche a pensar más seriamente sobre la actitud que iba tomando el ejército independiente, para eludir su progreso, y mucho más al ser instruido del jefe que lo dirigía que aunque se le pintaba con la depresión que en tales casos se acostumbra, sus órdenes manifestaban que lo temía, y mucho más cuando observaba que sus proclamas y escritos introducidos en el mismo corazón de su ejército, hacían declinar su moral, manifestándose descontentos, y sublevaciones de pueblos que ya habían recibido ideas lisonjeras de Libertad, cuya expresión sola tiene una magia que anima y enardece aun al más apático para hacerse un prosélito de la causa de Independencia, que obligó al general Goyeneche a paralizar su movimiento sobre nuestro ejército por este año, mientras tanto el ejército nuestro adquiriría opinión, fuerza y unidad que presagiaban una esperanza lisonjera para lo sucesivo.

### *CAPITULO III*

Siete meses habían corrido sin que nada se aventajase; la fuerza del ejército no se aumentaba, el gobierno de Buenos Aires se manifestaba sin energía, al paso que el general Belgrano desplegaba un tesón digno de una memoria eterna y el que aumentaba en razón del peligro que se aproximaba. El ejército del general Goyeneche se puso en marcha organizado, desde la villa de Potosí, en el mes de agosto, y la fuerza de que se componía parecía la muy suficiente para sofocar la libertad, en donde quiera que encontrase defensores. El general Belgrano fue instruido de este movimiento que no podía contener y que le obligó a dar las órdenes de retirada; pero antes de verificarlo reunió, no su ejército, sino sus compañeros, y hablándoles con aquella firmeza que demandaba el peligro, levanta el estandarte argentino, que por la primera vez saluda esta porción escogida de guerreros, jurando ante él, no abandonarlo sino con la existencia, cubriendo de este modo el velo que cubría el verdadero objeto de las intenciones de los buenos patriotas, para no depender de ningún otro gobierno y leyes, que aquel que ellos mismos se diesen, y dejando de pertenecer a la nación española, bajo cuya sombra continuaba la Junta Gubernativa dirigiendo los pueblos de la unión; al paso que el ejército español los castigaba como insurgentes, a los que podía conseguir tomar muchas veces indefensos, y desde cuya época ya no tuvo otro epíteto el ejército independiente, y su general el de Caudillo.

Se emprendió la retirada con un orden admirable, sin dejar a